

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
 De todo España... 1 pes. mes
 ARBOLIZADO
 De 1.ª plana... 0'10 cts. palabra.
 De 2.ª y 3.ª... 0'05 cts. " " "
 De 4.ª... 0'10 " " "
 SUSCRIBIR SEGUN TARIFA
 No se devuelven los originales
 Número suelto 5 céntimos

EL TIEMPO

DIARIO INDEPENDIENTE

Redacción, Administración y Oficinas
 P.O. BOX 1234
 Toda suscripción que sea hecha en el extranjero desde el día 15 de cada mes, la recibirá el periódico en el 1.º del mes siguiente.
 Número atrasado 10 céntimos

Teléfono número 25

EDICION DE LA MANANA

Franqueo concertado

La neutralidad de España

D. Juan La Cierva
 Nuestro colega «El Debate» publica la siguiente entrevista con nuestro ilustre paisano señor Cierva.

—El señor La Cierva está comiendo... Tenga la bondad de esperarle unos minutos, que enseguida termina.

Esto nos lo dice, ceremoniosamente, un criado de librea á quien hemos dado nuestra tarjeta.

Al atravesar un elegante vestíbulo, vemos en un sillón del recibimiento, y aún no desdoblada, «La Epoca»...

Una atmósfera gratamente tibia, y unas aterciopeladas alfombras, donde los piés se hundan, dan una sensación de lujoso «confort», que armoniza perfectamente con el mueblaje, de una elegancia sobria y entonada todo él.

En un saloncito-biblioteca, hago antesala breves momentos. Sobre las mesas, en las estanterías, ¡hasta en los sillones!, hay copias de escritos, autos, providencias, borradores de dictámenes y de recursos. ¡Una verdadera nube de folios, de papel sellado!, y... ¡una mina de oro también!

«Curro Vargas» recuerda este salón, de muy distinta traza... Hace ya tiempo de ello. Era entonces una pequeña sucursal del Salón de Conferencias. Varios políticos, enguantados y emperregilados, se hablaban casi al oído, chupando magníficos habanos... mientras otro señor que venia de la calle, exclamaba desde la puerta, con acento solemne:

—¡En este momento he oido, de labios de Lerroux, lo que van ustedes á escuchar!...

«Curro Vargas», no pudo oír, en aquel entonces, lo que dijo Lerroux, porque un criado acababa de invitarle á pasar, diciéndole:

—El señor le espera á usted en su despacho...

Vió únicamente muchas levitas y muchas calvas juntas, mosconando alrededor del recién venido, que empezaba á contar una historia... política.

Aquellos señores han desaparecido. Aquella tertulia se ha disuelto. Lo que fué antesala política, es hoy algo más útil: un soberbio bufete.

El señor La Cierva se nos presenta jovial, alegre, y, no digo atento, porque es la cortés cosa que le distinguió toda su vida.

—¿Aquí me tiene usted —nos dice—, abrumado de trabajo...

Y nos señala con la vista otro pavoroso montón de documentos estralescos.

—Es verdad: trabaja usted muchísimo, y ahora... no sólo en el bufete.

—¡Claro que no! La Junta de Iniciativas, supone una labor considerable. Y como de seguro me dirá usted que cuál es mi actitud actual, desde el punto de vista político, he ahí la respuesta: ayudar al Gobierno con el mejor deseo, no sólo no poniéndole dificultades, sino prestándole mi leal ayuda, en la medida de mis fuerzas... Como usted ve, sigo donde estaba al pronunciar mi último discurso en el Congreso.

—Perfectamente: en aquel discurso habló usted del pasado, y se refirió usted al presente nada más...

—¿Qué quiere usted decirme con eso?...
 —Muy sencillo. Que usted sabe la franca tendencia «equilibrante» de la política actual. En un porvenir no muy lejano, se adivina un pacífico turno de partidos (segunda ó tercera edición de esos turnos que han gobernado á España... á su manera), constituido por Dato y Romanones. ¿Qué porvenir le augura usted al maurismo?, ó más claro, ¿qué lugar le asigna usted para lo venidero?... El señor Ossorio nos decía á propósito de esto recientemente...

—Sí; leí lo que decía Ossorio... —interrumpe don Juan—. Y añade: ¡Ese parece ser el porvenir!...

Lo malo es que en esas declaraciones de Ossorio y Gallardo había un pesimismo melancólico, semejante a la pudorosa vestidura de una renunciación.

—Sí... realmente...
 Mi interlocutor no concluye la frase; pero un gesto redondea el pensamiento del Sr. La Cierva, agregando las dos palabras, que sus labios no pronuncia: «Sí... realmente... así es...»

—Veamos—añadimos tras de una pausa—. Usted tiene un núcleo de amigos políticos, y un núcleo de opinión... esos elementos esperan de usted, seguramente en un instante dado, una norma de conducta que no sea la abstención, porque la abstención, como usted sabe, es incompatible con la vida política, de hecho... Si tal caso llega ¿qué hará usted: ¿señal será su actitud?...
 —No lo sé... El porvenir es siempre una línea de puntos suspensivos entre dos interrogaciones. En política, el porvenir es aun menos que eso; es una página absolutamente en blanco... Por eso yo no hablo jamás de política «para el porvenir». No sé... repito... no pienso siquiera en ese porvenir.

—Sin embargo, las circunstancias aun en pura hipótesis, ¿no podrían obligarle á usted á definir su actitud y á señalarse un sitio en la política española?...
 —Indudablemente, y para cuantas hipótesis usted sueñe, yo le formularé en pocas palabras esa actitud que usted reclama con tanto ahínco... como «mala intención». «Servir al Rey y á mi país», en todo instante y «hacer por el bien de mi Patria cuanto pueda», ese es

mi deseo, esa mi voluntad, esa mi invariable actitud...
 —¿Opina usted que España debe de permanecer neutral ante el conflicto europeo? —le interrogo, doblando la «hoja».
 —Completamente neutral, absolutamente neutral, sin distingos de ninguna clase.
 Al señor La Cierva le parece muy bien, por lo tanto, La Liga para el mantenimiento de la neutralidad.
 Al despedirnos, sus últimas palabras son éstas.
 —Le ruogo que sintetice en su crónica mi conversación gratísima con usted, en estas palabras: ¡Todo por el Rey y por mi país!...

Y don Juan, sonriendo, torna á su despacho de juriconsulto famoso, mientras... llega la hora de servir á la Patria y al Rey. O de gobernar, que decimos los eueimigos personales de la metáfora...

CURRO VARGAS.
 DE COLABORACION ESPECIAL

Desde la Villa y Corte
 El Senegalés

Yo le ví en Casablanca, cerca de una laguna formada por las aguas pluviales, en la que él, su hembra y sus chiquillos se zambullían de cuando en cuando, dejando luego que la humedad escurriese de su piel oleosa. Atlético y ágil evocaba la visión del país en que había nacido, en el que todo es grande, el árbol, el animal y el hombre. Entonaba al ponerse el sol un cántico de notas guturales que, siendo una preza elevada al cielo, era al mismo tiempo un saludo á la noche que se acercaba. Francia le había cazado y le había impuesto los usos de la domesticidad. La República culta y sibirítica se había enamorado de aquel gigante negro, fiero, combatiente, que al cambiar el arco por el fusil de repetición se había convertido en el símbolo de la fuerza bruta, y la acariciaba fiando en él un día de victoria.

Este senegalés que yo ví en Casablanca ha aparecido ahora en la vanguardia francesa, cerca de Namur, con otros mil compatriotas, batiéndose como un león, los blancos dientes reluciendo entre los labios rojos, la mirada centelleando

en la córnea marfileña y acusando se le lleva de una parte á otra como una máquina de guerra, se le obliga á que dé todo el rendimiento de ferocidad y de energía que contiene su alma niña y primitiva.
 Hay en ello algo de cruel y odioso. La civilización ha ido á buscarle, no para mejorar su condición, sino para explotar su salvajismo. Se le manda que pelee por una patria que no conoce, por un interés que no es el suyo, por una gloria que no ha de participar. Como en las clásicas batallas se colocaba en la avanzada á los elefantes, para que excitados por el aguijón de sus cornadas, entrasen en las filas enemigas deshaciéndolas á colmillazos; así se pone en las primeras filas de militares á estas legiones negras, para que suelta su condición bélica, espanten al germano con sus saltos de fiera selvática y con sus alaridos ensordecedores.

Refiérese que uno de estos senegaleses que desconocía el terrible efecto de las balas, por no haber estado nunca en una acción militar, al ser herido y caer á tierra se llevó la mano al pecho que sangraba, queriendo arrancarse de la carne el proyectil que le martirizaba. ¡Era que al despertar en él el instinto de conservación, borradas las leves nociones de instrucción marcial que había recibido de los serenos franceses, recordaba la fiecha del bosque nativo y el adagio de su tribu que dice: «Si sujetas con tus dedos el asta de la saeta no se le escapará la vida.»
 Y en este gesto del guerrero salvaje se halla la más elocuente condenación de los que han traído á Europa de sus tierras originarias á los senegaleses para que, al morir en la tempestad del fuego, se lleven al otro mundo la noción de que los hombres de cara pálida han fundido sus balas con el odio que mata desde lejos, como la mirada del dios de las venganzas crueles.

J. ORTEGA MUNILLA.
COSAS

Dicen informaciones inglesas que los alemanes han tenido en los últimos ataques en Bélgica la pequeñez de 37.000 muertos.
 Añaden que son tantos los que quedan sobre el campo que cente

nares de hombres lo recorren enterrando cadáveres.
 Nos estamos pasando en poner cerros al hablar de muertos.
 A mí me parece eso el timo de los enterradores.

Los rusos aseguran que en el último combate que tuvieron con los alemanes en Kolau les cogieron 247 oficiales y 18.900 soldados prisioneros.
 Y sigue la colocación de cerros. Me parece que también se han kolau un poco.

Dicen de Ostende que hay grandes temores de un ataque de los aliados.
 Las autoridades alemanas han ordenado á la población civil que se refugie en las bodegas y cuevas con víveres para seis días.
 Lo mismo van hacer ahora ante el miedo á los aliados, que hicieron antes por miedo á los alemanes.
 Por lo visto los habitantes de Ostende están predestinados á pasarse la vida bajo tierra.
 Ni que fueran topos.

Un crucero inglés ha bombar-

EN SUFRAGIO DE LAS ALMAS
 DE LOS EXCMOS. SRES.
Don Pedro Gómez Esbry
 de su esposa
Doña Ana Pérez de Tudela
 HIJA DOÑA SOFIA
 y nieta la niña Maria de la Encarnación Martínez Gómez
 Q. E. P. DD.
 Estará la Vela y Alumbrado y se dirán misas cada media hora desde las ocho hasta la una el viernes 13 del actual en la iglesia parroquial de San Lorenzo.
Doña Maria Gómez Pérez de Tudela y don Antonio Martínez López y demás familia,
 RUEGAN á sus amigos y personas piadosas una oración por las almas de los finados y asistan á alguno de dichos actos, por lo que les quedarán agradecidos.
 Murcia 13 de Noviembre de 1914.
 Varias Ilustres Sres. Obispos han concedido indulgencias en la forma acostumbrada.

deado en Asia el puerto de Gassa. La población comenzó á arder rápidamente.
 Es natural. Todos sabemos con la facilidad que arde la gassa.

El emperador Guillermo ha dirigido un manifiesto á los polacos en el que dice:
 «Se me ha aparecido en sueños una Santa y, con lágrimas en los ojos, me ha pedido que venga á salvar el convento que vosotros venerais. Tengo que cumplir el mandato.»
 Este Kaiser es verdaderamente terrible.
 No vá á dejar en paz ya ni aun á la corte celestial.

Muley Haffid, que se encuentra en Barcelona, está verdaderamente asustado por el incremento que vá tomando la epidemia tífica.
 Ante el temor de verse contaminado piensa abandonar la ciudad condal.
 Lo gracioso sería que se marchara diciendo que para disfrutar de buena salud y de higiene no se pua de vivir más que en Marruecos.

Se asegura que los turcos, con un ejército numeroso de camellos que llevan 300.000 sacos de arena, piensan cerrar el Canal de Suez.
 La noticia ha producido gran impresión en Inglaterra.
 Habrán pensado que si los turcos cierran el Canal de Suez, será cuestión de abrirlos á ellos en canal.

CH.

Sobre dirección de minas

La «Gaceta» publica una R. O. de Fomento sobre dirección de minas, cuya parte dispositiva es como sigue:
 1.º Que se ordene á los ingenieros jefes de minas de los distritos el extracto cumplimiento del Real decreto de fecha 31 de Mayo de 1912, enviando á este Ministerio una relación de los ingenieros, capataces y demás direcciones de minas que existan en su provincia.
 2.º Que excepción hecha de los ingenieros que se preceptúa en el

— 477 —

— 474 —

Aquel á quien había llamado «amigo mío» netró también. Era, como su compañero, hombre de guerra; pero de aspecto menos terrible. Más bajo y más delgado, ostentaba sobre su labio superior raquítrico bigote, cuyas guías en veno desataban formar ese rizo retorcido que tan bien sienta á la cara de los héroes. Llevaba, como el otro, un paquete bajo el brazo y miró la habitación con más miandiosidad. Eran Cocardase y Passepoil.

Berrichon arrepiñtióse amargamente de no haber puesto la barra en tiempo oportuno.
 Hízoles á los recien llegados la justicia de confesarse á sí propio, que en su vida había visto dos bribones de tan mala catadura... Deslizóse, pues, detrás de la abuela, que algo más valorosa les preguntó agríamente:
 —¿Qué venís á buscar aquí?
 Cocardase se saltó cortésmente llevándose la mano al ala del sombrero.

Después guió un ojo á Passepoil que le hizo una seña parecida. Esto quería decir, quizá, muchas cosas y ninguna buena, y Berrichón, que les observaba, se echó á temblar.

—¡Ah, respetable dama! Teneis un timbre de voz que me llega al alma—dijo Cocardase.— ¿Verdad, Passepoil?

